

El laberinto del amor
El diálogo de Amanda y Paris

Òscar Pujol

Prólogo de Rafael Argullol

Singular **S**

Primera edición en Libros del Silencio: noviembre de 2011

© Òscar Pujol Riembau, 2011

© del prólogo, Rafael Argullol, 2011

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2011]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-939433-1-8

Depósito legal: B-36.241-2011

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Entre Shiva y Ariadna

RAFAEL ARGULLOL

Como era de esperar, siendo su autor Òscar Pujol, *El laberinto del amor* es un libro en el que el lector encontrará una exquisita confluencia entre las culturas de Europa y la India, así como una superposición de miradas entre el mundo antiguo y el contemporáneo. El texto es una reflexión o, mejor, una meditación sobre el amor bajo la ilustre máscara del estilo dialogado, a través del cual los dos personajes, Amanda y Paris —acompañados, como una sombra, por Sakhí—, intercambian continuamente las funciones de maestro y discípulo en las artes amatorias. Òscar Pujol afirma en su nota introductoria que se trata de un texto didáctico, sin más pretensiones, en el que recoge su optimista confianza en la pareja; pero creo que el lector hará bien en no dejarse engañar por la modestia de la declaración, pues *El laberinto del amor* es, por el contrario, un escrito refinado concebido desde la piel de los sentidos y, por eso mismo, volcado hacia las profundidades del ser humano; un viaje

trazado con un lenguaje literario equilibrado y elegante que bebe de múltiples fuentes: desde los Upanishads y el Bhagavad Gita hasta Boccaccio y Cervantes.

El título mismo es un homenaje a este último y a su ironía. Porque, ciertamente, ironía no le falta al autor, desde la primera hasta la última página, para afrontar los muy serios asuntos de Eros y las todavía más graves cuestiones relacionadas con el amor conyugal. Que nuestras pasiones, para ser soportables, deben ser tratadas en clave de comedia es algo que Cervantes —y antes y después de él una larga tradición literaria— puso de relieve con contundencia. En este sentido, que el gran Lucifer, nuestro tenebroso ángel caído, se transfigure en «el señorito Luci» es un brillante golpe de efecto que evidencia el humor de Pujol.

No obstante, como al fin y al cabo en la tragicomedia del amor también se revela el drama siempre inconcluso de las aspiraciones humanas, lo misterioso y lo contradictorio empujan a los amantes hacia caminos insondables. En parte por nuestro gusto por la comedia, en parte por nuestra tentación hacia la tragedia, tanto los confiados seguidores del amor conyugal como los desconfiados somos una y otra vez arrojados a laberintos sucesivos, de los que hallamos el centro o la puerta para, poco después, desear nuevos laberintos donde perdernos en nuevas aventuras: para unos alrededor de muchos cuerpos y para otros, como en el caso aquí exaltado, de uno solo.

El laberinto, sin embargo, de acuerdo con lo que indica

PRÓLOGO

Pujol —y puede que tenga razón—, es siempre el mismo: un Minotauro, una Ariadna, un Teseo, e hilos invisibles que uno sigue, a veces, pocas, con la razón, y en otras ocasiones, las más, con una mezcla prodigiosa de ingenuidad, instinto, amor e incertidumbre. La imagen del laberinto es tan poderosa en este diálogo iniciático que implica también a la trama argumental, de modo que el desarrollo del texto es sinuoso, laberíntico, lleno de magníficos meandros que envuelven al lector con ideas que se retuercen sobre sí mismas. En el laberinto las figuras y sus sombras se persiguen entre sí: Teseo es frecuentemente Ariadna, y esta, aquel.

De ahí que siempre planea sobre la escena la larga silueta de Shiva, el ambivalente, el andrógino, el destructor y bailarín cósmico que, protector y amenazante, disuelve lo masculino en lo femenino para, a continuación, emprender el sendero opuesto. Son magníficas, y nucleares, las páginas de Òscar Pujol en las que se defiende el hondo simbolismo contemporáneo de la prístina figura del andrógino, de la que habló Platón mediante la mordaz boca de Aristófanes: ¿qué son los amantes, eternos o fugaces, sino pobres seres escindidos, mutilados, que sueñan con encontrar aquella parte perdida de su humanidad para conquistar así su entereza, su plenitud? ¿Y qué es el amor sino la historia de este sueño que nos contamos de generación en generación?

Nota del autor

El libro que el lector tiene entre las manos es una defensa de la pareja desde el punto de vista del individuo moderno. Aquellos que consideren que la pareja está del todo obsoleta seguramente encontrarán pocas cosas de interés en él. Su mensaje es simple y optimista: la pareja es todavía posible, no ha muerto del todo, aunque quizás haya que actualizar la forma de abordarla.

El autor de la obra confiesa profesar un optimismo radical, fruto tal vez de la más negra desesperación. Se trata de un optimismo de rebote o de carambola: sin reservas, sin excusas, sin argumentos, pero con risas. El pesimismo, como la tristeza, es un lujo para la supervivencia que no todo el mundo se puede permitir.

Este texto es, pues, un recorrido laberíntico desde la soledad triste hasta la soledad gozosa pasando por el intermedio de la pareja. Porque la pareja, como la vida, es un estado intermedio que depende del encuentro entre dos cuerpos

extraños y dos mentes distintas. Este encuentro es frágil por naturaleza y en cierta forma efímero. Dura lo que puede durar la vida humana compartida entre dos, pero tarde o temprano está destinado a la separación y al desencuentro.

Originalmente, el libro se planteó como una especie de manual, rayano en la autoayuda, con una serie de observaciones estructuradas casi a modo de lección. Al final, quizás por la influencia del título, el texto se fue volviendo más laberíntico y se convirtió en un diálogo ficticio entre dos personajes inventados. El diálogo es una simple excusa para articular de un modo informal ideas propias de un tratado didáctico que utiliza recursos literarios muy básicos para amenizar el contenido.

El título es un guiño a Cervantes, que escribió una comedia teatral con el mismo nombre. La metáfora del amor como laberinto era común en la literatura europea de finales de la Edad Media. Se invierte, sin embargo, el sentido negativo de la metáfora, que ve el amor como una maraña de enredos, y se alaba el espíritu errante y no exento de conflictos de la pareja enamorada.

La obra nace de una conversación de sobremesa con Marta Batlle tras la reunión anual de Casa Asia en la exótica villa barcelonesa de Esplugues de Llobregat. Marta Batlle es la auténtica impulsora de este libro. Sin ella nunca habría visto la luz. Digo «impulsora» porque literalmente ha empujado la redacción de estas páginas con su amable insistencia. También ha inspirado algunos de los persona-

jes, como la misma Amanda o el señorito Luci. Marta tiene realmente una imaginación desbordante y me he permitido con su consentimiento tomar prestadas algunas de sus ideas, por ejemplo la del pájaro/caballo del amor.

La otra persona clave para la creación del libro es mi compañera, con la que llevo compartiendo treinta y tres años de mi existencia: Mercè Escrich. Ella es la amiga del alma, Sakhí, y la revoltosa Amanda. Pero Mercè también encarna a Paris, ya que ha sido para mí la principal maestra en el amor. Ha sido, asimismo, la primera lectora de este manuscrito, y sus valiosos comentarios han resultado imprescindibles para poner el punto final a la obra. No solo le agradezco sus sugerencias, sino también las carcajadas que soltaba al leer algunos fragmentos donde inevitablemente veía reflejados los estropicios de la vida conyugal.

Otros personajes reales, disfrazados de ficción, corren por este texto. Quiero mencionar aquí a Poonam Shrivastava, cuya *performance* realizada en el Instituto Cervantes de Nueva Delhi dota de contenido al capítulo 11 del libro.

Por último, quiero dar las gracias a Frederic Amat, que ha diseñado la portada, y a Rafael Argullol por sus palabras de introducción; y a ambos, en general, por prestar su imagen y su voz a este pequeño divertimento, pecado de madurez de un viejo amigo.

1. Amanda y Paris

Amanda no es lenta ni tranquila. Su cuerpo delgado es fibra pura. Si saltase desde un tercer piso rebotaría contra el asfalto y evitaría aplastarse contra la muerte. Amanda es goma dura y elástica, energía volcánica encerrada en un cuerpo femenino y alimentada por un fuego interior que a menudo quema sus propias entrañas. Cuando este fuego no encuentra salida, arde por dentro produciendo agonía, desasosiego o tristeza.

Paris encontró a Amanda llorando en un rincón tras hacer el amor con un hombre que no la quería. Le contó que sentía su sexo como una herida abierta, una cicatriz hurgada una y otra vez por un tábano insistente: el hombre. Nunca le salía bien. Quería atrapar el amor entre el espacio abierto de sus piernas, pero siempre se le escapaba por el hueco que deja en el alma el deseo satisfecho.

No es que Paris tuviese más suerte, pero era más viejo y había acumulado más catástrofes. Había conocido el amor,

pero el zarpazo de la muerte le había devuelto centuplicado el vacío de la ausencia. Se quedó más solo que nunca. Su compañera, Sakhí, se había ido para siempre arrebatada por un accidente absurdo, cuya falta de sentido acrecentaba aún más la desdicha.

¡Qué soledad tan grande en medio del bullicio! Como si una espada le hubiese cercenado la mitad de su ser, Paris caminó de perfil por la vida sin ser todo él y teniendo que soportar la maldición de una menguada existencia. El desaliento, como una niebla persistente, le borraba la alegría. No era ni una sombra ni la sombra de una sombra. Los espectros no lo reconocían, los fantasmas lo evitaban. Era solo el perfil de un cuerpo que no puede retener el aire que respira, ni el agua que bebe, ni los afectos que recibe. La vida se le escurría entre las manos como un puñado de arena, mientras el oleaje del mundo le hacía burlas con su rumor. Él, excluido, sentado a la orilla de todo, en la arena triste donde no llega el regocijo de las fiestas.

Así estuvo una larga temporada hasta que la fuerza de la gravedad que el tiempo ejerce en la mente fue depositando en el fondo del alma el dolor convertido en ceniza. Un día, tras una noche atormentada, se levantó oliendo a aire fresco y descubrió que el manto de cenizas había sido barrido por un viento sin nombre. En el fondo de su mente no halló ni la acidez de la euforia ni la dulzura de la tristeza. Solo una calma desbordante: una especie de regocijo íntimo que respondía a una presencia tenue, pero que inconfundiblemente

apuntaba hacia Sakhí, como si ella hubiese vuelto y con manos invisibles hubiese dejado sus huellas en todas las cosas.

Sakhí estaba allí en todo lo que veía, en cada superficie que tocaba, en cada sonido escuchado. Incluso los pensamientos habían asumido su forma y devolvían su presencia por caminos insospechados. El pensamiento de Sakhí, como una fulguración momentánea, se había instalado no tanto en las percepciones como en la misma raíz de las percepciones. No estaba en lo visto, sino en el deseo de ver. No estaba en las formas y colores, sino en la intención de la mirada. No estaba en el roce de las cosas, sino en el hambre de sensibilidad que tiene la piel. No estaba en el sonido, sino en el silencio momentáneo que lo precede, en la resonancia que lo sigue. No estaba en el perfume, sino en la voluntad de aspirar. No estaba en la mano, sino agazapado detrás del contacto, más allá del encuentro efímero entre dos superficies.

También observó que esta presencia tenue, casi transparente, diferenciaba aún más las cosas mostrándolas parecidas en su diversidad inconfundible, como si estuviesen todas ellas timbradas con un sello, la firma de Sakhí, confirmando a cada objeto el valor inestimable de una obra de arte. De algún modo Paris había dejado atrás las irritaciones de la vida cotidiana. Las cosas, las gentes y los hechos ya no le importunaban.

Todo le producía un asombro enorme. Como si lo viese por primera vez y como si por primera vez entendiese su significado. Anteriormente esas mismas cosas estaban ahí,

pero no acertaba a comprender por qué motivo. Eran opacas, y la generosidad con que presentaban sus volúmenes, engañosa: con sus formas ocultaban su verdadera razón de ser. Ahora en cambio parecía comprenderlo, y la explicación se le antojaba tan fácil que no entendía cómo no lo había entendido y cómo la gente seguía sin entenderlo. Las cosas estaban allí primero para ofrecerse y luego para retirarse. La realidad se le entregaba ahora sin reservas para ser gozada y descubrir en ese gozo su razón de ser, la intencionalidad de su existencia. El gozo por otro lado implicaba una retirada y un cierto desapego: un sentido de la perspectiva. De lo contrario solo llegaba a ver una parte de las cosas y no su cara contraria, su faz oculta, la putrefacción escondida tras la abundancia, el ronquido de la tuberculosis en la plenitud del éxito.

La entrega de las cosas para el gozo o la agonía de la experiencia era solo su primera razón de ser. El gozo no podía ser posesión. Gozar era saber dejar. La continuidad forzada, la acumulación eran la perversión. La retirada de las cosas, el alejamiento de los sentidos, era su segunda razón de ser. Tras su posesión, los objetos del deseo navegan en el torrente de la vida, alejándose sin remedio con el fluir del tiempo. Hay que abandonarlos para seguir el rastro del néctar que han dejado en nosotros, buceando hacia el interior para hallar la fuente original de todo deleite. Y así, con el pasar del tiempo, Paris se encontró viejo y ocioso y a falta de mejor ocupación se convirtió en consejero del amor.

2. El laberinto del amor

Amanda la rápida, la veloz Amanda, la eléctrica Amanda, chisporroteaba energías de polaridades opuestas, como un arco voltaico de sentimientos encontrados. Se preguntaba si el amor era solo una serie de fricciones placenteras, de uniones efímeras. ¡Pasiones de novela seguidas de largos resentimientos! ¿Qué guionista cruel ha decretado que un segundo baste para asestar el golpe, mientras que la cicatriz tarda meses en curarse? Espoleados por la esperanza del amor, hombres y mujeres se afanan en construir un infierno cotidiano.

Paris le contó a Amanda que el amor es como un laberinto. Se parte de la periferia de la soledad para llegar al centro de la compañía. Sin embargo, para llegar al centro hay que saber perderse. No hay que tenerle miedo al laberinto. Más bien hay que aprender la ciencia del extravío: perder para volver a encontrar. En la vida real la distancia

más corta entre dos puntos no es siempre la línea recta. Llegamos a las cosas dando tumbos, retrocediendo y volviendo a avanzar. No somos viajeros lineales, sino peregrinos circulares, y es en el recodo de las curvas donde vemos la tangencialidad de las cosas. Como tangentes suceden los eventos y nunca se quedan con nosotros ni nosotros nos quedamos con ellos.

En la tangencialidad de las cosas descubrimos el peligro del éxito y los efectos nutritivos del fracaso. La pérdida como una forma de lucidez y el desengaño como la sabiduría que permite disfrutar sin poseer. Dicen los poetas que aquel que quiera siempre ganar será incapaz de amar. Para amar hay que saber perder. Por eso hoy en día es tan difícil amar: nadie quiere perder. Por otro lado, quien tiene miedo a perderse no puede amar nunca, porque en realidad ama más a esa parte suya que teme perder.

El amor es como un laberinto que parte del deseo y llega al centro de la plenitud, donde se encuentra la contrapartida de la ausencia. El cuerpo del amante es el dédalo. Caminamos por senderos circulares, caminos sinuosos que guardan en el regazo de las curvas la humedad del amor. El laberinto es un viaje iniciático desde la búsqueda y la perplejidad ante la pérdida del camino, la desorientación, el esfuerzo por encontrar la salida y el descubrimiento del centro o de la puerta.

La persona amada es como un jardín en cuyo centro está el árbol del paraíso que concede la inmortalidad. Para

EL LABERINTO DEL AMOR

llegar al centro del jardín hay que recorrer el laberinto. No todos llegan. Muchos toman la ruta equivocada que los lleva de nuevo al punto de partida. Algún día llegarán: el viaje de las almas es infinito.

3. La flor del sexo

Amanda es bella como el pecado y escurridiza como la virtud. Alta, esbelta y con una larga cabellera que le llega a la cintura. Ojos castaños, nariz recta y bien proporcionada, sobre una boca amplia de labios carnosos. Su boca al sonreír parece la flor del sexo abriendo sus pétalos al sol naciente de su cara. El fulgor oscuro de sus ojos, la nube de su pelo y la blancura de su sonrisa fascinan a los hombres, a los que les falta tiempo para bajar la mirada por la torre del cuello y alcanzar los senos erguidos que parecen apuntar directamente al corazón. Su cuerpo es una varita mágica; basta un ligero toque para convocar la atención del sexo opuesto: porte de modelo, cara de diosa nórdica y mirada de aurora boreal en destellos perpetuos.

Amanda puede compartir con los hombres el primer ardor del deseo que ella misma provoca aun sin quererlo. El frenesí del macho la enciende en un arrebató intenso que hace traslucir su piel y confundirla con la del amante.

El sexo es para ella algo natural, un estado edénico, y puede disfrutar de los encuentros efímeros, aunque a menudo después la energía de esa misma pasión se invierte y deja una especie de residuo tóxico, un poso radiactivo que la consume por dentro. Le jode en el alma el egoísmo del macho, su brutalidad primitiva, su comportamiento predecible y mecánico, como el resorte de un muñeco de feria.

Primero el instinto básico y obsesivo de montar a la hembra, de hender la raja femenina, de penetrar en la raíz triangular de las piernas. Y luego, tras el acto, la flaccidez del pene, el cansancio del cuerpo, la indiferencia del alma. Por eso no deberíamos confundir el amor con ese instinto básico. Nada tiene que ver, aunque afiance sus pies en ese instinto. El deseo sexual es la antesala del amor, no su dormitorio. Es su punto de partida, no el de llegada. No es la habitación íntima, el círculo mágico donde se produce la transfiguración de los cuerpos y la disolución de las mentes.

Amanda leyó una vez que el ochenta por ciento de los orgasmos femeninos eran fingidos. Con los hombres era aún peor, ya que con el tiempo confundían el orgasmo con el pistoletazo de sus penes y andaban por el mundo como vaqueros de tercera en una mala película del Oeste. Paris le dijo que los sabios de la Antigüedad no iban por ahí derramando su semen indiscriminadamente. En realidad solo hacían eso los nuevos ricos, los que presumían de su riqueza sexual, los que acababan de descubrir la abundancia de Eros tras años de pobreza, represión e ignorancia. Como

nuevos ricos se paseaban alardeando de su nueva libertad, ostentando sus atributos con la estridencia del despilfarro. El sexo es necesario para el amor. El sexo es como el carbón que alimenta la locomotora del amor conyugal. Si lo manoseamos demasiado se nos ennegrecen las manos, pero al mismo tiempo sin él el tren no avanza por las vías.

El sexo es la flor del amor, pero no su fruto. Si buscamos solo la belleza de la flor, no podremos saborear la dulzura del fruto: la miel de la felicidad ante la felicidad del otro. Nada más y nada menos. El amor es fácil de explicar, fácil de entender, difícil de practicar. La inteligencia no sirve para comprenderlo, ni la astucia lo engaña ni el cálculo lo cuantifica. No le impresiona la erudición ni se deja embaucar por la elocuencia. No lo cortan las navajas dialécticas de la lógica ni se enreda como un pececillo en las redes de las argumentaciones, pero se queda parado cuando ve pasar una palabra certera. Nunca sabremos cuánto pesa nuestro amor ni cuánto mide, y sentimos el deseo de decir «¡Cuánto te quiero!» cuando empezamos a amar un poco menos.

Al amor no le impresionan ni el estilo ni el buen gusto, al enamoramiento sí. Para el amor el lujo es como un pajarillo enjaulado. Quien intenta cogerlo a la fuerza lo aplasta, como a una mariposa de un manotazo. El amor toma el dinero y corre y no cumple el contrato y se ríe de quien quiere comprarlo con un fajo de billetes. Ni la perfección del atleta ni la genial locura del artista consiguen sacarlo de

su escondrijo, pero viene como un niño cogido de la mano cuando se encuentra con una persona sincera.

El amor es fácil de entender, pero a menudo se hace incomprendible porque lo confundimos con el deseo de querer y ser querido, y eso no es amor, sino simple necesidad de afecto. Al igual que sucede con el sexo, la necesidad de afecto no es lo mismo que el amor, pero tampoco algo completamente distinto. El sexo se basa en la fricción placentera del cuerpo y el afecto en la fricción emotiva del ego. Golosos de contacto nos paseamos por el mundo, porque el contacto amplifica la superficie del cuerpo y el afecto expande el tamaño de nuestro yo.

Verse a uno mismo magnificado y querido en el espejo del otro es un deporte que practicaban los dioses en la Antigüedad. Es el deporte que practica la conciencia cuando quiere verse reflejada en la materia, el que practica la luz del sol cuando pinta de colores la superficie de la Tierra y el que practica la Palabra cuando se despliega en una impresionante erudición. Es el sano y saludable deporte de la expansión del yo. Hemos de cuidar de nuestro yo como de un hermano pequeño. Ni mimarlo en exceso ni regañarlo más de lo necesario. Es nuestro mejor amigo y nuestro peor enemigo. Dejemos que se enamore y se hinche, pero no permitamos que el globo estalle por un exceso de gas.

Al igual que en el caso del sexo, el afecto alimenta la máquina del amor conyugal, pero si no va más allá se acaba empantanando en un fangal de lágrimas, sobornos emoti-

vos, ataduras sentimentales, celos, dependencias y torturas psicológicas. Del mismo modo que el amor se esfuma ante el imperativo del orgasmo, desaparece también si se convierte en una mera necesidad psicológica para apuntalar la autoestima con el cariño del otro.

Índice

Prólogo, por RAFAEL ARGULLOL	9
Nota del autor	13
1. Amanda y Paris	17
2. El laberinto del amor	21
3. La flor del sexo	25
4. El señor de la media mujer	31
5. Las dos mitades del sueño	35
6. El nudo conyugal	43
7. La entrada del laberinto	51
8. El recorrido	59
9. Dolor de amor	67
10. El reino de las palabras	75
11. El gran recolector de basura	81
12. Cinco consejos prácticos	89
13. La guerra sana	97
14. La pareja ensimismada y el triángulo salvador	105

ÍNDICE

15. La cópula infinita o el abrazo estéril de la pareja ensimismada	111
16. Los tres sexos de la persona	115
17. La pareja feliz o el esplendor del sexo monogamático	123
18. El problema de la fidelidad	133
19. El señorito Luci y el amor	137
20. Deseo de amor	141
21. Amor y miedo	147
22. Amor y libertad	153
23. Más allá de la pareja	159

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2011

S

*La luz lo malo que tiene
es que no viene de ti.
Quiero más tu oscuridad.*

PEDRO SALINAS

www.librosdelsilencio.com